

PRÓLOGO

Agencia del Futuro, 2051

— ¿Le abro la puerta, señor? —La voz de su escolta vino desde atrás.

Rob, sobrecogido por las circunstancias, negó con la cabeza y suspiró.

El gran momento había llegado. La reunión de reencuentro. Los agentes del futuro volvían a su tiempo; entre ellos estaban sus hermanos y su cuñado. Sin embargo, Rob no sentía emoción alguna además de la extraña aprensión en la boca del estómago que llevaba aquejándolo la última semana. Había salido de su oficina con su asistente pisándole los talones, temiendo perderse en el trayecto hacia los elevadores a causa de sus inquietantes cavilaciones.

Así pues, se había puesto en marcha. Rob, ciertamente, no quería hacer esperar a la comitiva de bienvenida, incluidos los miembros de la directiva de la ADF, que aguardaban en el Lugar de Sally; no tenía ánimos para soportar las insufferibles quejas de Harry Marshall o la mueca tediosa de Chloe Kerr. Respiró hondo. A continuación, abrió las puertas hacia adentro.

Al entrar, Rob confirmó lo que su asistente le había asegurado de antemano: todos estaban allí reunidos, en la es-

tancia donde moraba la *Kerr Machine St-089*. Las voces cesaron un instante para volverlo el centro de atención. El recinto era imponente: curvado y tan alto y extenso como un hangar para aviones comerciales. Tenía espacio suficiente para albergar a cuatro mil personas, aunque la cantidad que se hallaba en ese momento era mucho menor. Había científicos, ingenieros y miembros de la directiva. También estaban algunos de los familiares de los agentes del futuro: los Johnson y los Kerr; ningún Goodbrother, al parecer.

Entre los directivos, además, pudo identificar a varios de los agentes más experimentados, como Jo Queslove, calvo y más alto que cualquiera en el lugar, que le lanzó una mirada fulminante apenas lo vio entrar. Rob vislumbró a la señora Wode, la madre de Sett, de largo cabello rojizo entrecano y ojos verdes de mirada imperiosa. Extraño, pensó, pues no había motivos para que esa mujer estuviera allí, salvo para acompañar a su hijo, lo que era más extraño aún. Sett, junto a su madre, traslucía su emoción en una amplia sonrisa; llevaba entre manos un ramo de flores: lirios. Las favoritas de Rhys.

Rob se acercó a los directivos, los saludó con apretones de mano, sonrisas sutiles y cabezadas, tal y como le había enseñado su antecesor. Incluso saludó a Jo Queslove con un asentimiento de cabeza. Jo era al menos quince centímetros más alto que Rob, de ojos cobrizos oscuros, nariz aguileña y mentón cuadrado. Su calva tenía un brillo especial ese día.

—Espero no sigas aguardando que te agradezca lo que ella hizo por mi madre hace meses —dijo a Rob secamente. Tenía la vista al frente, hacia la máquina del tiempo—. En primer lugar, mi madre no debió estar en peligro ni ella debió interferir.

—Tienes razón. Y te equivocas en una cosa: no sucedió hace meses. Además, si no lo hubiera hecho, tú no estarías aquí.

—No me refería a eso; quería decir que la chica no debió arriesgarse, sino tus hermanos.

Tenía razón, otra vez, debía admitir. De cualquier forma, Rob tendría una charla con el cabezota de Tadhg cuando acabara la fiesta de bienvenida.

—No deberías estar aquí. —Lo dijo en parte para cambiar de tema; odiaba tener que darle la razón a Queslove; además porque había notado que en el vendaje blancuzco que cubría el grueso brazo derecho del agente, a la altura del hombro y el omóplato, había una mancha rojiza traspasando los pliegues de tela—. Te sangra la herida.

—Estoy bien —aseveró Jo—. Sullivan quiso ponerme un poco de unguento congelante en la herida. Me negué. Jamás un pyxis me había dado tantos problemas, jamás había sido herido en combate. Esta vez llevaré mi herida con tanto honor como si de cualquiera de mis triunfos se tratase. —En todo momento permaneció ecuánime.

«Es orgulloso como un viejo militar», pensó Rob. Apartó la vista y la volvió al frente. La máquina del tiempo colmó sus ojos. Se alzaba majestuosa en el centro de la estancia; brillaba como recién pulida, y las luces multicolores que la bordeaban la hacían ver —al menos para el parecer de Rob— igual a un árbol de navidad. Pero a medida que uno se acercaba, se podían distinguir las pantallas y monitores parpadeantes, y también los diferentes metales que la constituían: hierro, acero inoxidable, mercurio sólido, planchas de diamante, y *etolito*, un metal extraño y multiforme, del precioso color del bronce oxidado, inventado años atrás por

el abuelo del profesor Marcus Kerr, quien presidía el laboratorio de la agencia actualmente.

De cerca, Sally, como la llamó su principal inventor, Michael Kerr, perdía la apariencia de un árbol navideño, y la imagen que proveía era otra, la de un encumbrado elevador que conectaba con el techo, un largo y ancho cilindro lustroso, de grandes simetrías. Rob la había visto por primera vez cuando tenía nueve, apenas un par de años antes de que el primer hombre pudiera viajar al pasado.

Marcus Kerr, hijo de Michael, apareció junto a su asistente, ambos vistiendo impecables batas blancas que ululaban según su caminar.

—Parece que va a empezar el espectáculo —comentó Jo en tono hosco.

El corazón de Rob le martilleaba el pecho, impetuoso, con el pasar de los segundos. Apenas pudo evitar el sobresalto cuando oyó una voz a su lado que no sonaba a la de Queslove, grave y mellada; sin embargo la pudo reconocer a tiempo. Sett había dicho algo, pero Rob no lo escuchó.

—¿Qué? —preguntó éste.

—He dicho que estás pálido. ¿Te sientes bien?

Rob asintió.

—Estoy bien.

—Ajá. —Sett no le creyó en absoluto.

Rob volvió la vista. Marcus Kerr se le acercaba. Su paso era apresurado, advirtió Rob, y su rostro estaba rojo y perlado de sudor. Algo terrible estaba sucediendo. La respiración exaltada de Kerr era lo peor: se oía como si se estuviera ahogando con las palabras, con el aire. Inhaló profundamente, en vano, pues no logró sosegar su exaltación. Habló con el aliento entrecortado.

La asistente, Laura, le auxilió.

—Ha ocurrido algo terrible, señor. —Pese a su rostro casi inexpresivo, su voz tenía cierto tonillo de alarma. Aquel detalle provocó que el extraño malestar interno de Rob se acrecentara mucho más—. Parece que hemos recibido un mensaje del pasado... Y está incompleto.

—¿Pasado? —oyó decir a Sett; era evidente la sorpresa en su cara.

Rob estaba igual.

—¿Qué dice el mensaje? —preguntó al profesor.

—Léelo tú mismo. —Marcus, un poco recuperado, le entregó la nota con manos temblorosas.

Rob leyó de prisa y, temiendo haber entendido mal, lo repasó otras dos veces. Alzó los ojos y llevó la vista hacia la máquina del tiempo.

—Entonces ¿quién...? —balbuceó.

En ese preciso momento fue interrumpido por la alarma de secuencia; el amplio recinto se tiñó de rojo con la potente luz que coronaba la máquina. Las personas, allí reunidas, se mantuvieron apacibles; algunas más emocionadas, ignorando lo que estaba sucediendo realmente, como si aquello fuera parte del procedimiento. Y de cierta forma, lo era.

Rob pestañó.

—¿Qué sucede? —preguntó a Marcus.

—Ya lo sabes, Robert, el portal al pasado se abrió según lo acordado, y alguien lo atravesó.

—Y ese alguien está por llegar —abundó Laura.

Todos procedieron a colocarse sus lentes protectores.

El profesor y su asistente se acercaron a la máquina, dejando atrás un aire de expectación, miedo y tiesura. La atmósfera era densa.

—¿Qué dice el mensaje? —inquirió Sett; el ramo de lirios oscilaba en sus manos.

Cuando Rob se fijó otra vez en Sett, apenas pudo formular palabra y acabó entregándole el mensaje. Una vez lo leyó, las flores cayeron al suelo y la emoción inicial desapareció del rostro del hombre. Rob se acercó a él, le quitó el mensaje y le puso una mano en el hombro. Aquel mensaje también había sido un duro golpe para Rob.

—Ella está bien —dijo a Sett agitándolo ligeramente por el hombro. La alarma continuaba sonando como el clamor de una tormenta—. Todos están bien, te lo aseguro.

Sett alzó los ojos.

—¿Cómo lo sabes? —logró decir por encima del tormentoso bullicio.

Rob no sabía, de modo que sólo se le ocurrió decir:

—Confía en mí.

—Rhys...

—Está bien. Ven. —Rob lo tomó por el codo y lo llevó hasta el lugar frente a la máquina donde estaban reunidos los demás. Recibieron una mirada ominosa de parte de Queslove cuando se le acercaron; además de eso, nadie se fijó en ellos en los previos momentos al destello fulminante. La máquina del tiempo era como un elevador cuyas compuertas estaban próximas a abrirse. La tensión era palpable en el aire.

Los minutos previos al destello parecieron más lentos que en toda su vida. Siempre era así. Había pasado lo mismo cuando vio partir a sus hermanos y a sus compañeros: que el tiempo avanzaba pausadamente y el aire era tan denso que se podía cortar con una exhalación. Entonces se había preguntado si en realidad aquello pasaba, o si solo eran ideas suyas que creaba su mente preocupada ante la partida de sus seres queridos. Sett, se fijó Rob, parecía tan tenso como una tabla. Rob se compadecía de él. Pero, ¿quién se com-

padecía de Rob? Entonces ocurrió el destello: se trataba de las planchas de *etolito*, que, al ser sometidas a altas temperaturas, irradiaban un fulgor semejante a los rayos del sol en una tarde de verano.

Cuando todo acabó, Rob por fin pudo tomar un poco de aire. Se sentía mareado. Marcus y su asistente estaban a los lados de las compuertas de la máquina. Una nube blancuzca escapó del interior con un siseo cuando estas se abrieron. Las planchas de *etolito*, a los costados de Sally, volvían a tener su color habitual. Rob entrevió unas manos que se aferraban al borde de la puerta. La nube evitaba que el resto viera de quién se trataba. Y por primera vez, Rob percibió la conmoción en los presentes, que antes se habían mostrado invariables y felices por el arribo. Era como si todos contuvieran el aliento.

Alguien tosía. El silencio era denso, y el temor, asfixiante. Rob dio un paso adelante, intentando escudriñar el nimbo de vapor que exudaba el interior de la máquina, y alcanzó ver la silueta de una muchacha. Su corazón latía aceleradamente y se llevó una mano al pecho. Sett dio algunos pasos también.

—Rhys —musitó, con una sonrisa de hito a hito y los ojos brillantes de alegría.

—No. —Rob lo detuvo a tiempo.

Sett volvió la vista, desconcertado, a la máquina del tiempo; escudriñó la densa nube blanca, como si deseara fervientemente que Rob se hubiera equivocado. No era así. La chica que tosía no era su hermana. Inmóvil, Rob miró cuando ella salía de la nube, luego se tambaleaba y caía sentada en la plataforma. El profesor Kerr y su asistente aparecieron a ambos lados de la joven para ayudarla, e incontinenti lo hizo Philip Sullivan. Hubo una exclamación, y la señora John-

son se desmayó en los brazos de su esposo. Los demás se acercaron a la recién llegada para curiosarse. Pero Rob, no.

La chica tenía el cabello oscuro —no rubio— enmarañado, la ropa desgarrada, y el rostro y los brazos cubiertos de sangre y tizne. Alzó brevemente la vista como si temiera con quién se iba a encontrar en frente. «No —pensó Rob—. Esa no es mi hermana.» La había reconocido antes, mucho antes, pese a la nube de vapor que la envolvía y a su aciaga apariencia.

—Pero si no es Rhys —oyó decir a Sett con voz queda—, entonces ¿quién es?

PRIMERA PARTE

EL NUEVO PROTEGIDO

CAPÍTULO 1

Nueva York

Noviembre de 2017

Pasados quince minutos, Tadhg empezó a reconsiderar su decisión.

No debió acceder a que Evelyn fuera a aquella misión; era demasiado pronto. La chica no estaba lista para una gestión tan importante. Estaba en juego el nacimiento de uno de los mejores agentes del futuro. Aunque, ciertamente, poco le importaba a Tadhg la existencia del impertérito de Jo Queslove. «Lo que me importa es mi propia existencia; si algo le llega a ocurrir a...» Resopló airado. Estuvo tentado de acercarse el comunicador a los labios y preguntarle cómo iba todo, pero pensó en las palabras que le había dicho antes de que bajara del auto y se contuvo. Qué tonto fue.

Aquello arrancó un recuerdo doloroso de sus memorias. «Depende de ti.» Su madre le había dicho que de él dependía la clase de héroe que quería ser para el resto del mundo, pero ahora era él quien se lo decía a ella. ¿Por qué lo había hecho? Claro, Evelyn lo había tomado inadvertido cuando le pidió un consejo antes de salir del auto. Pero ¿qué otra cosa pudo haber dicho? Eso fue lo primero que se le ocurrió. Había visto sus enormes ojos azules y su expresión temerosa, y

el triste recuerdo de su madre destelló en su cabeza imprevisiblemente.

«Ahora soy yo quien la espera —se dijo, y profirió una risita como si aquello fuera una pésima broma—. Mi madre también se habría reído.» Pero su madre estaba allí fuera, en la casa de Helen McGraw, salvándola, y exponiéndose a la vez a la amenaza de los pyxis.

El interior del auto estaba oscuro, la copiosa nieve colmaba el cristal del parabrisas. Tadhg arrancó el motor y puso a funcionar los limpiadores. Las calles, convenientemente, estaban poco concurridas esa noche. East Village estaba sumida en el silencio y la caída de la nieve copiosa, que oscilaba bajo el manto negro del cielo nocturno de Nueva York. Hacía mucho frío, así que encendió la calefacción y se frotó las manos. ¿Cuánto tiempo más debía esperar? Se estaba impacientando. Tadhg jamás había sido adepto al estoicismo, de modo que tras veinte minutos de espera sus nervios se habían incrementado a niveles impensables... Y la espera seguía. Se preguntó si su madre se habría sentido así al verlo partir a su primera incursión contra los Pyxis.

La primera misión de Tadhg ocurrió un año después de que su madre se retirara de la agencia. Una bandada de pyxis'vull estaba causando estragos en Midtown, y Tadhg había tenido que sacar un poderoso lanzallamas para derribar a los carnosos pajarracos. Aquel día fue el mejor de su vida, y al regresar, su madre lo esperaba en la rampa 12, donde lo estrechó fuertemente entre sus brazos frente a sus compañeros. Tadhg se había sentido avergonzado, sin saber que años más tarde (y estando en el pasado) se encontraría deseando que lo volviera a estrechar entre sus brazos, una vez más.

Ya había esperado demasiado. Decidido, se irguió, listo para poner la camioneta en marcha. Un sonido alarmante lo detuvo. Dos automóviles de la policía pasaron por la calle, a toda velocidad, bajo la inminente caída de la nieve. Las luces, rojas y azules, salpicaron gradualmente el interior del auto. Tadhg observó a los vehículos llegar al final de la calle y virar en la misma dirección que McGraw.

Quizá fuese una coincidencia. «Pero ¿y si no?»

Tadhg puso a circular la camioneta en pos de los vehículos policiales. Su corazón latía aceleradamente. Una vez más maldijo para sus adentros. Todo era culpa de Rhys, sí, Dawit y Juno; nunca debió dejarse convencer. En parte, también era su culpa, porque, después de todo, él había accedido.

Iracundo, alzó la muñeca que ostentaba el comunicador, que a simple vista parecía un reloj digital de reluciente acabado negro; intentó avisarle a Evelyn. Pero ella no respondió.

«Algo ha sucedido», pensó al cruzar la última calle antes de McGraw.

Entonces distinguió dos siluetas oscuras caminando con aires misteriosos bajo la incesante nieve. Eran dos chicas, advirtió de inmediato: ambas tenían las capuchas caladas sobre las cabezas y los rostros inmersos en pozos oscuros como bocas de lobos. Paró el auto.

Las sombras se detuvieron a la vez, y una de ellas lo señaló con urgencia; la otra se resistió un instante antes de ceder. El silencio ominoso de la noche se filtró al interior del vehículo cuando la primera abrió la puerta. El aire era pesado. Tadhg arrancó el auto cuando oyó la embestida de la puerta al cerrarse. Tadhg eludió la calle donde se hallaba el hogar de las McGraw. Mejor prevenir que lamentar.

Se oían respiraciones exaltadas a su espalda.

—¿Quién es él? —preguntó una voz trémula.

Tadhg miró hacia los asientos traseros a través del retrovisor. Helen McGraw se había bajado la capucha y el pálido de su rostro era espectral.

—Se llama Tadhg. Es mi... —Evelyn estaba sentada al lado de la chica; tenía la respiración exaltada, y la frente, brillante; se había bajado la capucha. Sus miradas se encontraron en el espejo. Tadhg negó con la cabeza—. Es mi compañero.

—¿Qué ha sucedido allá? ¿La policía...?

—Cuando llegué, un pyxis'olrut ya estaba en la casa de Helen —empezó Evelyn—. Combatimos; la planta baja de la casa quedó hecha un caos, tal cual como la mía la primera noche, ¿recuerdas? —No esperó respuesta, sonreía como una niña—. Luego otro irrumpió por la puerta de la cocina, y el estruendo despertó a todo el vecindario. Alguien llamó al 911, pero ya me había hecho cargo de los pyxis —añadió con una sonrisa satisfecha—. Y con tiempo suficiente, permití que Helen fuera a su habitación y se pusiera ropa más abrigada. Fuera hace un frío que cala hasta los huesos.

Tadhg lanzó otra mirada hacia la chica de cabello rojizo.

—Al parecer la extracción ha sido un éxito —comentó con una seca sonrisa.

—¿Extracción? —Helen McGraw frunció el ceño.

—¿Acaso dudaste de que lo lograría? —dijo Evelyn a Tadhg. Luego se volvió hacia Helen y sonrió—. La *extracción* es lo que acabo de hacer contigo, salvándote de los pyxis y trayéndote con nosotros, a salvo —explicó observándola detenidamente.

—Ahora, ¿adónde iremos? —inquirió la nueva protegida. La mata de rizos rojos osciló cuando meneó la cabeza; le caía

un poco desaliñada a los lados del pecoso rostro juvenil, hasta los hombros. Tenía ojos cobrizos oscuros que parecían absorber la poca luz que penetraba el auto desde el exterior. Las mejillas arreboladas le conferían el aspecto inofensivo de una niña. «Es porque eso es —se recordó Tadhg—. Una niña.» Aunque tal vez Helen tuviera un par de años menos que Evelyn en ese momento.

—A la Agencia del Futuro —respondió Eve en tono gentil.

—¿Dónde está... eso? —quiso saber. De pronto parecía más asustada—. ¿Iremos al futuro?

—No, Helen. La sede de la Agencia está en esta época. En el centro de Manhattan.

—Ah. —Su temor se vio notablemente sosegado.

Jo Queslove tuviera el mismo cabello rojizo que su madre si no se lo hubiera rapado hacía años, antes de su primera misión. «Pero los ojos cobrizos son los mismos», se fijó Tadhg. Era inquietante hallar tanto parecido del grandulón de Queslove en una jovencita tan grácil como Helen McGraw. Había pensado lo mismo cuando estuvo en el hospital y vio por primera (y última) vez a la abuela Renata, que se parecía a Rhys. El mismo Tadhg se sorprendió al hallarse años más adulto en el rostro del abuelo Taddeus de esa época. De pronto recordó algo.

—Esta vez no has olvidado recoger los restos del olrut, ¿o sí? —le preguntó a Evelyn en tono serio, todo ceño fruncido y mirada sombría. Ella sonrió.

—¿Te refieres a esto? —Alzó ambas manos sosteniendo un par de rocas negras cual obsidiana del tamaño de bolas de golf. Evelyn encumbró una ceja como si acabara de darse cuenta de algo—. Si mal no recuerdo, fuiste tú quien dejó la roca de olrut en mi casa la última vez —agregó mientras lo

fulminaba con aquella mirada de ojos azules a través del retrovisor. Tadhg resopló una risita.

—Si mal no recuerdo —replicó haciendo un absurdo remedo de la voz de Evelyn—, fuiste tú quien la dejó caer al suelo.

—Entonces no sabía que Wayne poseído la iba a utilizar para convertir al pobre Ed en... —La voz la traicionó. No acabó la frase. Evelyn había conocido al joven guardaespaldas que murió trágicamente durante los eventos del primer día de furia. Tadhg presentía que ella se culpaba por lo que había ocurrido. Sin embargo, no pudo evitar mirarla con brusquedad a través del espejo retrovisor. En su época jamás se habría atrevido a mirarla de aquella forma, pues su madre no se había ganado su mote de «Furia» por nada. Lo cierto es que seguía furioso por lo que ella había hecho hacía algunas noches, al ayudar a Caleb a escapar de la Agencia.

Seguramente, Evelyn había creído que todo había quedado en el olvido en el momento en que abandonó el auto para ir a la casa de Helen, tras haber tomado sus manos entre las suyas y haberle dicho aquellas palabras del futuro y, a la vez, del presente. En ese momento se había fijado en aquellos ojos de extraordinario color azul como los suyos, y no pudo contener la lengua.

El silencio imperó durante un largo, tenso y frío instante. Evelyn se volvió hacia Helen y bosquejó una sonrisa, observó Tadhg a través del espejo.

—¿Qué tal si nos cuentas cómo llegaron los pyxis al interior de la casa? —le preguntó Eve a Helen.

La chica asintió.

—Estaba durmiendo —empezó—. Escuché ruidos, así que bajé a explorar. Creí que mi madre había vuelto, pero cuando entré a la cocina, sólo vi la puerta abierta que el

viento movía lentamente. Me asusté. —Se estremeció, y no de frío—. Cuando me volví, la criatura se alzó ante mí. Una de sus manos puntiagudas estaba... estaba... Pero tú irrumpiste a tiempo. La criatura masculló algo ininteligible en un idioma muy extraño.

—No sabía que los olrut supieran hablar —comentó Evelyn con el ceño fruncido—. Creí que sólo imitaban voces.

—Eso hizo —convino Helen de inmediato—. Después. Usó la voz de... de... mi madre. Pero mi madre no estaba allí, lo sabía, ella no me dañaría. El ser me dijo que echara a quien fuera que tocaba la puerta. —Miró a Evelyn fijamente—. Cuando dijiste que mi madre tuvo un accidente, temí que aquella criatura la hubiese dañado.

—Tú madre está bien —dijo Evelyn.

«Está en un elegante restaurant, con el abuelo Taddeus, en una cita», pensó Tadhg.

—Así que la atemorizaste —dijo en cambio. No era una pregunta.

—Era la única forma de conseguir que me abriera —se excusó Eve—. Y funcionó.

—Es evidente.

Hubo un silencio más tenso que los anteriores.

—¿Qué sucede contigo? —soltó Evelyn de repente—. Pensé que estábamos... bien.

—¿Sí? —Tadhg la miró fijamente a través del espejo—. Lo dejaste ir, podría estar en peligro ahora. Sabes lo que eso puede implicar, no habrás creído que lo olvidaría tan fácil, ¿verdad? —Se fijó en que Helen los estaba escuchando atentamente. Suspiró hondo—. Mejor tengamos esta conversación más tarde.

—Sí, mejor. —Evelyn cruzó los brazos sobre el pecho yladeó la cabeza hacia el exterior, ceñuda.

Tadhg no quería ser duro, pero no podía evitarlo. Temía que algo les ocurriera a sus padres, y la joven versión de su madre le recordaba mucho a él, siempre desafiante y temeraria; no quería que terminara lastimada. «Dios, ahora pareczo el padre de mi madre.» Se habría reído de estar solo.

De pronto sintió una punzada de remordimiento.

—Lo siento —murmuró.

Evelyn volvió la mirada.

—¿Qué dijiste? —preguntó con una sonrisa tremolando en sus labios.

—Que lo siento, sí —repitió.

—No te escucho.

—Yo tampoco escuché —oyeron decir a Helen.

—Oigan, no estoy de broma. —Tadhg apenas podía mantenerse impassible, una risa le calaba por la garganta, pero la contuvo tanto como pudo—. No debo ser duro contigo; tú jamás lo has sido conmigo. Nunca. Bueno... a veces, pero sólo cuando me lo he merecido. Aquella vez que me abofeteaste, por ejemplo. Pero lo que hiciste con Caleb... Ya sabes de qué hablo. Esa no fue una bofetada que mereciera.

Sus palabras tuvieron el efecto que quería. Evelyn lo miraba con ternura y compunción. Quizá se estuviera arrepintiéndolo de haber hecho lo que hizo. Pero la Evelyn que él y el resto conocían jamás se arrepentía de nada; ése era su lema.

—Además, si Rhys supiera que he sido un patán contigo en este momento no me hablaría durante un año entero —añadió él.

—Así que haces esto por Rhys, ¿eh?

—Chicos, me he perdido —intervino Helen con la mirada a medio camino entre confusa y asustada—. ¿Qué fue lo que Furia hizo? ¿Quién es Rhys? ¿Y por qué hay una motocicleta siguiéndonos? ¿Se trata de otro agente del futuro?

«¿Motocicleta?» Tadhg miró por los espejos laterales del auto. En efecto: una motocicleta negra cromada avanzaba hacia ellos a toda velocidad por la calle poco concurrida. Tadhg pisó el acelerador. Atrás, Helen profirió un grito y Evelyn se sentó de golpe contra el asiento de cuero sintético. Sus miradas se encontraron nuevamente por el retrovisor, pero casi de inmediato Tadhg apartó la suya. Las luces de un coche que avanzaba hacia ellos, de frente, casi lo cegaron. Apenas tuvo tiempo de esquivarlo.

Cuando lo consiguió, observó por el espejo derecho que la motocicleta se acercaba cada vez más y más. Casi podía oír el brutal sonido de su motor zumbándole en el oído. Puso más velocidad. Tadhg sabía que los alcanzaría más temprano que tarde, tenía que deshacerse de él antes de llegar al centro. El motociclista vestía de cuero negro de los pies a la cabeza, y su casco negro y reluciente, con forma de cabeza de avispa, apenas era tocado por los copos de nieve que caían a su paso.

—Más rápido —gritó Evelyn. Parecía alarmada. Quien la viera en ese momento no se imaginaría que hace menos de media hora se había enfrentado a dos pyxis'olrut por sí sola—. ¡Está armado!

Entonces lo comprendió. Tadhg echó otro vistazo atrás por el espejo. El motociclista avanzaba por el costado derecho del automóvil, su cuerpo acoplado hacia adelante como si fuera uno con su vehículo de dos ruedas. Su mano derecha, firmemente alzada, cortaba la cortina de nieve que se le interponía. Tenía un arma en ella. Disparó una vez y falló. Disparó otra y la bala quedó plasmada en el vidrio posterior de la camioneta. Los cristales eran a prueba de bala, y en ese momento el adversario debió comprobarlo. Bajó la mano del arma y se dispuso a llegar a la camioneta. Evelyn se arrojó

inesperadamente hacia adelante, entre los asientos del conductor y copiloto. Tadhg se sobresaltó ante su arrebato.

—¿Qué haces? —le espetó.

—Debes abrir... la... puerta —dijo Eve a la vez que se estiraba para intentar abrir la puerta del copiloto, en el costado derecho—. Detén el auto cuando te diga. —Ladeó la cabeza—. Helen, colócate el cinturón, y sostén mi pierna tan fuerte como puedas. Cuando Tadhg detenga el vehículo, podría atravesar el cristal.

Tadhg se fijó por el espejo que la chica obedecía sin chistar. Luego volvió su atención hacia la motocicleta. Había comprendido lo que quería hacer. Era arriesgado. Su corazón latía muy acelerado, le gustaba esa sensación. Apenas pudo contenerse de reír. La motocicleta estaba cada vez más cerca. Eve tenía la mano en la palanca y sus ojos azules en Tadhg...

—¡AHORA! —gritó.

Abrió la puerta. El auto se detuvo bruscamente. Se oyó un chirrido que atribuyó a las llantas arañando el pavimento. Luego se escuchó un golpazo, más que oírlo el estruendo se sintió en su cuerpo, cuando la motocicleta impactó la puerta y se volcó hacia adelante en un amasijo de cristales, metal abollado y el desparramado cuerpo del perseguidor, que había arrasado completamente con la puerta del copiloto. Inmediatamente después, Tadhg puso el auto a toda marcha.

A través del espejo, divisó la silueta oscura que dejaban atrás bajo la nieve. El piloto de la motocicleta no se levantó en ningún momento, se fijó mientras el campo de visión de la calle se lo permitió. Cuando doblaron la siguiente intercepción, los sonidos del centro colmaron nuevamente el mundo.

Evelyn ya no estaba entre los asientos, pero evidentemente tampoco había atravesado el cristal. Tadhg la vislumbró acomodándose algunos mechones de cabello y sonriendo de oreja a oreja mientras le preguntaba a Helen si se encontraba bien. La chica asintió, y extrañamente, también sonreía. «Espero que después de esto no quiera convertirse en una agente del futuro», pensó. Su mirada se encontró con la de Eve. Fue la mirada más enigmática que hayan compartido hasta entonces, admiró Tadhg. Alguna vez él fue un niño, había visto a su madre hacer grandes hazañas, y quiso realizarlas él también, porque quería ser como ella. Quería ser un héroe.

—Eso fue... —Hizo una pausa—. Peligroso. —Habría querido decir «Increíble, asombroso, valiente», pero no quería alimentar el ego de aquella joven y briosa versión de su madre—. Ahora Ernest tendrá mucho trabajo para reparar esa puerta. Qué desastre —añadió.

—¿A quién le importa la maldita puerta? El pyxis estaba sobre nosotros —estalló Evelyn agitando las manos—. Detén la camioneta en Broadway. Helen y yo continuaremos por nuestra cuenta.